

CHARLES ROBERT DARWIN: CONTEXTOS

Gustavo Peña Torbay

RESUMEN

Este trabajo presenta un marco de referencia a la obra de Charles Darwin, mediante un boceto del contexto sociocultural del siglo XIX, el clima social en el cual transcurrió su vida; de su contexto socialpersonal, es decir, aspectos relevantes de su biografía y de su entorno más cercano; y, finalmente, de su contexto individual, su manera muy particular de ser, para concluir con una etiqueta diagnóstica que facilita globalizar su peculiar manera de actuar.

INTRODUCCIÓN

Todo ser se encuentra *enmarcado* durante su existencia en una variedad de *contextos*, con los cuales interactúa dinámicamente, en un juego de relaciones de reciprocidad en el que, a la vez, es objeto y fuente de influencia.

Dada la importancia que esta serie de tramas tienen en la formación y desarrollo de los individuos, su elaboración resulta de gran valor, muy ilustrativa, al momento de intentar dar forma al retrato de alguna persona, o dicho de otra forma, al *hablar acerca de alguien*,

como es ahora el caso que nos ocupa, específicamente, *hablar acerca de Charles Darwin*.

Claro está, el número de formas atribuibles a los contextos es materialmente inalcanzable, de modo que, como en otras ocasiones, no queda más que limitarse a unos pocos.

Concretamente, en esta oportunidad, con la idea de esbozar un retrato del medio y del hombre, me referiré a tres de estos contextos: sociocultural, socialpersonal e individual.

EL SIGLO XIX: CONTEXTO SOCIOCULTURAL

La Revolución francesa, ocurrida en el siglo XVIII, en 1789, tuvo, sin duda alguna, una diversidad de efectos sobre la sociedad occidental. Entre ellos, quizás uno de los más interesantes se el *aura de optimismo* que imprimió a la sociedad europea de la época, la cual llegó a un punto tal que no pocos pensadores asumieron que la Humanidad emprendía una nueva ruta, caracterizada, entre otras cosas, por dejar atrás, y de una vez por todas, a los horrores del pasado; de suyo, Condorcet afirmó que *el estado actual de la Instrucción garantizaba que esta revolución sería una revolución feliz*.

Esta singular consecuencia impregnó profundamente al siglo XIX, época en la cual se desarrolla la vida de Charles Darwin (1809-1882), al punto que este periodo puede caracterizarse, en conjunto, por la *doctrina del progreso*. Según esta creencia, la humanidad iría mejorando la situación progresivamente, siendo cada vez más dichosa, gozando de un mayor bienestar, el cual, además, no estaría restringido sólo a las clases poderosas sino que, por lo menos en principio, sería disponible para todos, con independencia de su nivel social. Prácticamente, se pensaba que en este mundo no había límites para este proceso.

En particular, la ciencia de la época hacía avances cada vez más asombrosos; así, a finales del siglo XVIII la *nueva química* de Lavoisier se había transformado simplemente en la química moderna; la palabra *biología*, según el lexicógrafo Littré, fue empleada por vez primera en 1802; el propio Augusto Comte, a mediados de este siglo, elaboraría su muy famosa lista de las ciencias, las cuales iban de las matemáticas y la astronomía, hasta la biología y la psicología, pasando por la física y la química.

Además, particularmente, la geología llegaba a su madurez en este momento y, aun más específicamente, en relación a la evolución

orgánica, el tema esencial de la obra de Darwin. En 1669 Nicolas de Steno había puesto de manifiesto que los estratos inferiores de las rocas son más antiguos que los superiores. Luego, en 1770 Charles Bonnet, un naturalista suizo, sugirió que los fósiles eran ciertamente los restos de especies extinguidas durante catástrofes geológicas muy anteriores al Diluvio mencionado en la Biblia. En 1791 William Smith, un agrimensor inglés, observó cómo los estratos contenían fósiles característicos, con lo cual al asociar cada fósil a un estrato dio pie a una determinación de la historia geológica. Poco después, aproximadamente en 1800, Cuvier clasificó los fósiles según el sistema de Linneo y extendió la anatomía comparada hasta el pasado remoto, postulando que más que la evolución habían sido las catástrofes geológicas las responsables de las extinciones, una proposición conocida como *catastrofismo*. En 1809 Jean-Baptiste Lamarck publicó su libro titulado *Filosofía Zoológica*, en el cual sugirió que el medio ambiente obligaba a los organismos a sufrir pequeños cambios, los cuales eran luego transmitidos a sus descendientes. Y en 1831 Charles Lyell publicó el primer volumen de su obra *Principios de Geología*, obra en la cual destrona al *catastrofismo* y deja clara la necesidad de una teoría razonable de la evolución.

Pues bien, retornando al siglo XIX, este notable desarrollo de las ciencias repercutió directamente en el incremento de las producciones técnicas, crecieron el número de inventos y de empresas industriales, se lograban viajes más rápidos, sistemas de alumbrado más eficientes, ciudades mayores, una alimentación más variada y abundante. Si esto es o no progreso es discutible, pero sin duda, y a los ojos de todos, se daba un incremento de los bienes y servicios para el mejoramiento de la humanidad.

Por otra parte, también se lograron mejoras en lo político; como muestra, entre 1815 y 1853 no hubo en Europa ninguna guerra importante, y se gozó hasta 1914 de una paz mundial relativa. Además, se abolió la esclavitud en buena parte del orbe. Se valoró, o al menos se protegió, la vida humana en una forma inusual para la época.

Ahora bien, aun cuando todo esto fue cierto para la mayor parte del mundo occidental, sin duda lo fue en mayor medida para el imperio inglés, y todavía más para el inglés de clase media, quien era el tipo más elaborado, más esperanzado, el heredero de la Ilustración que marcaba la pauta a seguir.

Al victoriano acomodado la agradaba vivir confortablemente, rodeado cada vez más por máquinas que le hacían la vida más agradable.

Disfrutaba del progreso y, además, asegura conocer la explicación de su bienestar: el pueblo inglés estaba especialmente dotado con las cualidades de iniciativa, tenacidad, inventiva y gusto por los trabajos difíciles; a lo cual agregaba la posesión de un conjunto de instituciones y unos métodos sociales y políticos adecuados para hacer las cosas.

Un resumen de esta concepción se encuentra en el texto de John Mill, *Sobre la libertad*, publicado en 1859, poco antes de la obra más conocida de Darwin, el *Origen de las especies*, en la cual Mill señala

Los ingleses se sienten libres, no simplemente porque viven al amparo de esas instituciones libres tan laboriosamente edificadas por ellos, sino porque cada miembro de la sociedad lleva en sí mismo, en mayor o menor medida, la raíz de esas libertades; y continúan asidos firmemente a sus libertades y disfrutándolas, no meramente a través de la libertad de palabra, sino a través de una vida sólida y una acción enérgica, como hombres libres.

Es dentro de esta moralidad peculiar del pueblo inglés, la famosa *moralidad victoriana*, que existió Charles Darwin, siendo a la vez, en un singular ejemplo de la causalidad recíproca, sujeto y coadyuvante de la misma. Porque sin duda Darwin, como cualquier otro, fue objeto de la socialización de su época, pero con su obra, especialmente con el *Origen de la especie*s, fue simultáneamente facilitador de este proceso.

De los biólogos de su tiempo fue él quien cosechó la mayor fama, como ya se indicó, durante generaciones se venía trabajando en la idea de la evolución orgánica, el logro más grande de Darwin fue, en principio, amalgamar las evidencias existentes en una formulación asequible al hombre de cultura corriente.

En esto radica, al menos en parte, el por qué la teoría de la evolución darwiniana caló tan rápida y profundamente en el pensamiento, no sólo de los intelectuales sino también de la mayoría. Pero, a ello hay que agregar el no menos importante efecto del *clima social* del momento, caracterizado por el deseo de romper con las ataduras que le impedían el progreso.

Concretamente, según una interpretación simplista de la *teoría darwiniana*, pero muy conveniente, la idea de que los individuos mejor dotados sobreviven en la lucha por la existencia, daba a los ingleses del momento, convencidos de su superioridad, una ventaja indudable: con esfuerzo serían los herederos del mundo.

Con esto se tenía una justificación muy adecuada, la cual dejaba definitivamente de lado todos los *designios externos*, sin importar cuál fuera su naturaleza; lo importante ahora es que el hombre adquiriría el

control de la situación, máxime si se es el más dotado: *la humanidad con disposición, talento y esfuerzo podría salir adelante y vencer.*

Uno de los grandes pensadores de la época, Francis Galton, quien era primo del mismísimo Darwin, asumió este enfoque, empleándolo para dar lugar a “un tipo de genética aplicada dirigida al estudio, mantenimiento, y mejoramiento del potencial genético de la especie humana” (Brenner-Golomb, 1993, p. 284) a la cual llamó *eugenesia*. A la luz de esta proposición, entendida como una forma de filosofía política, mejor que el socialismo o la democracia, “el acceso al poder sólo era posible por vía del mérito cívico, el cual según el propio Galton se deriva de la capacidad mental como la dilatación del mercurio que deriva del calor” (Peña, 1995, p. 75); por tanto, los hombres de bien, es decir, los ingleses de clase media, serían a la postre por virtud de la genética y de su esfuerzo los líderes de la nación y, en consecuencia, del mundo.

De esta manera, optimistamente entendida, la obra de Darwin dio pie para extender la máxima individualista de Abraham Lincoln “cada hombre es el arquitecto de su vida” a una dimensión colectiva: *cada pueblo sería el rector de su historia y, de esta forma, de su destino; o como lo expresara, de modo más sucinto, un hijo excelso de la Ilustración, Simón Bolívar: “cada pueblo tiene el gobierno que se merece”.*

Visto de esta manera, la obra de Darwin les quedó a varios de los intelectuales ingleses del siglo XIX como *anillo al dedo*, ya que ahora disponían de una explicación científica que validaba la lucha por el poder y, además, justificaba el esfuerzo personal por su prosecución.

ASPECTOS BIOGRÁFICOS: CONTEXTO SOCIALPERSONAL

Pero, ¿quién era Charles Darwin?

Darwin fue miembro de una familia ilustre, su abuelo Erasmus Darwin (1731-1802) enunció su propia teoría de la Generación o la Descendencia en su obra *Zoönomia* (1794-96), anticipándose parcialmente a la proposición, generalmente más conocida, de Lamarck, a la cual le precede en 15 años. A esta obra se agregan *El Jardín Botánico* y *Phytologia*, todas de gran influencia en sus tiempos y de manera especial en Charles Darwin.

Por otra parte, su padre, Robert Darwin (1766-1848), fue un médico exitoso radicado en la población de Shrewsbury, Inglaterra, el cual según su hijo, Charles, “no tenía una mente científica, y no trataba de generalizar sus conocimientos bajo la forma de leyes generales” (p. 42), cosa esta que no le impidió desempeñarse como un buen practicante, lo

cual unido al hecho de ser “un cauteloso y buen negociante, al punto que casi nunca perdió dinero en una inversión” (1887/1958/1993, p. 40), le permitió dejarle a sus hijos una gran fortuna.

Charles Robert Darwin nació en Shrewsbury, Inglaterra, el 12 de Febrero de 1809, como el quinto hijo de una familia de seis, dos varones y cuatro hembras. Como un hecho importante, al punto de destacarlo en su *Autobiografía*, su madre murió en julio de 1817, cuando él tenía ocho años, quedando desde entonces al cuidado de su hermana Carolina (1800-1888), nueve años mayor.

En el verano de 1818, a la edad de nueve años aproximadamente, fue enviado a la escuela del Dr. Butler en Shrewsbury, donde permaneció hasta mediados del verano de 1825, cuando tenía 16 años. En octubre de ese año, 1825, su padre lo envía a la Universidad de Edimburgo a estudiar medicina, al igual que su hermano Erasmus Alvey (1804-1881). Durante ese tiempo, dice Darwin,

me convencí a partir de varias circunstancias menores que mi padre me dejaría lo necesario para subsistir con cierta comodidad, aun cuando nunca imaginé que sería un hombre tan rico como lo soy; lo cierto es que mi creencia fue suficiente como para impedirme realizar cualquier esfuerzo intenso por aprender la medicina. (1887/1958/1993, p. 46)

Luego de dos años, durante los cuales dice haberse aburrido bastante y haber atendido al curso de Robert Jameson (1774-1854) sobre Geología y Zoología, el cual le resultó *increíblemente estúpido*, en 1828, después de las vacaciones de Navidad, su padre, ya convencido de que su hijo Charles no quería ser médico, lo envía a Cambridge a estudiar Teología; lo cual, puestos a decir la verdad, tampoco le llamó mayormente la atención.

Durante este tiempo conoció a John Henslow (1796-1861), profesor de Botánica en Cambridge (1827-1861), con quien solía platicar frecuentemente mientras caminaban por la campiña, al punto que se le apodó “el hombre que camina con Henslow” y quien le convenció de estudiar geología. Estando en esto, al inicio del mes de agosto de 1831, Adam Sedgwick (1785-1873), de quien Charles Darwin tomaba lecciones de geología, hizo una expedición por los alrededores de Shrewsbury, pueblo natal de Darwin, donde este se hallaba de vacación, llegando a hospedarse en la casa del Dr. Robert Darwin.

Esa noche Charles Darwin le mencionó a Sedgwick que un trabajador le había dado una concha marina de un gusano tropical que encontró en el fondo de un pozo en las cercanías a Shrewsbury; a lo cual

rápídamente Sedgwick le indicó que seguramente alguien la había arrojado al pozo, y agregó que “de no ser así, ello representaría un gran infortunio para la geología”. Este hecho, por demás curioso, ya era conocido, al punto que en el siglo VI a. de J.C. el filósofo griego Jenófanes de Colofón había señalado la presencia de conchas marinas fósiles en las montañas y había supuesto que dichas montañas estuvieron bajo las aguas muchos siglos antes; coincidentalmente, más adelante, durante sus caminatas por los Andes, Darwin haría una variedad de observaciones muy similares a estas dos.

El 27 de diciembre de ese mismo año, 1831, luego de una variedad de circunstancias, Darwin embarca como naturalista del *Beagle*, un barco de la marina inglesa al mando del Capitán Robert Fitz-Roy (1805-1865), vicealmirante, hidrógrafo y meteorólogo; este viaje tenía por objeto realizar una actualización de las cartas marinas de las costas de Sur América.

Fue su amigo Henslow quien le consiguió esta oportunidad y, además, quien le regala una copia del primer volumen de la obra de Lyell, *Principios de Geología*; es, igualmente, quien se encarga de seguirlo durante todo este viaje alrededor del mundo, al punto que cuando Darwin llega a Montevideo, allí le estaba esperando una copia del segundo volumen de la obra de Lyell, en la cual éste va más allá de la geología e incursiona en la biología sugiriendo que a lo largo de las eras geológicas algunas especies han desaparecido y otras han emergido, siendo la supervivencia, al menos en parte, responsabilidad de algunas condiciones del medio; y cuando Darwin arriba a Valparaíso, le esperaba, ahora, un ejemplar del tercer, y último, de los volúmenes de la obra de Lyell.

Este viaje, de trascendental importancia para el desarrollo de la obra de Darwin, duró unos cinco años, arribando nuevamente a Inglaterra el 2 de octubre de 1836.

Los dos años siguientes a su regreso Darwin los dedicó a completar el *Diario de viaje en el Beagle*, así como otros trabajos, entre los cuales se encuentra su primer esbozo del *Origen de las Especies*. Y el 29 de enero de 1839 se casó con Enma Wedgwood, con quien tuvo 10 hijos; luego del matrimonio se radicó en Londres hasta el 14 de septiembre de 1842, cuando se mudaron a Down, Kent, donde vivió el resto de su vida, es decir hasta el 19 de abril de 1882. Durante este período, de unos 43 años, Darwin desarrolló su obra, la cual se concreta en una gran cantidad de publicaciones, de las cuales la más conocida es *Sobre el Origen de las Especies por Medio de la Selección Natural, o la Supervivencia de*

las Razas Favorecidas en la Lucha por la Vida, que se conoce mejor como *El Origen de las Especies*, aparecida en 1859.

ELEMENTOS DE PERSONALIDAD: CONTEXTO INDIVIDUAL

Y, en términos más psicológicos, *¿cómo era Charles Darwin?*

Pues bien, en este sentido, Isaac Asimov, en su obra *Nueva Guía de la Ciencia* (1960/1985), dice

En 1831, un joven inglés llamado Charles Darwin, un diletante y deportista que había vivido una juventud un tanto despreocupada y que buscaba con insistencia alguna cosa que le permitiera vencer su aburrimiento, fue persuadido por un capitán de barco y un profesor de Cambridge para que embarcara como naturalista en un buque, dispuesto para un viaje alrededor del mundo con una duración de cinco años. (p. 710)

Por su parte, Daniel Boorstin, en su libro *The Discoverers* (1983), anota que para John Henslow su “mayor logro fue transformar al play-boy de Cambridge, Darwin, de un negligente estudiante de teología en un apasionado naturalista” (p. 466).

Por otra parte, como elementos llamativos de la manera en que pudo ser Darwin resaltan, claro está, en primer término, su capacidad de asimilación y de elaborar razonamientos lógicos; su interés por lo complejo y su afán por encontrar la razón de ser de ello; e, igualmente, una inclinación preferente hacia lo ideal antes que hacia lo material. En resumen, en lo cognitivo parece haber gozado de un buen nivel intelectual, tendencia a la simplificación y creatividad.

Pero, estas facultades intelectuales se veían refrenadas frecuentemente por una fuerte necesidad de reflexionar antes de actuar, lo cual le tornaba cauto y receloso; al punto que le resultaría muy difícil realizar una tarea sin volver a revisarla constantemente, mostrando habitualmente tendencia a la duda y la vacilación.

Asimismo, adolecía de una fuerte impresionabilidad, lo cual se manifiesta bajo la forma de propensión a las afecciones fuertes, que redundaban en dificultad para fijar la atención y el esfuerzo de manera prolongada en un mismo objeto. Por esta razón, en Darwin se halla repetidamente una lucha entre su deseo de logro y la falta de disposición para aferrarse a la tarea, que se torna en fuente casi permanente de desgaste y de autoreproche.

En lo social Darwin se muestra aun más complejo. En los comportamientos relativos a este ámbito se exageran su necesidad de seleccionar y cierto aislamiento personal, factores que se tornan en desadaptación para la convivencia social. A esto se unía un fuerte orgullo, a modo de sentimiento de superioridad, que lo lleva frecuentemente a considerar a los demás seres insulsos e intrascendentes, aun a personas de la talla de Alexander von Humbolt.

En este mismo orden de ideas, mostraba un gran sentimiento de austeridad, seriedad excesiva y desatención a lo externo; lo cual sumado a un cierto carácter autoritario, debió resultar en un individuo más bien demandante, con inclinación a la sobreprotección y hasta algo déspota en ocasiones.

En lo emotivo, finalmente, se muestra inestable; evidencia una afectividad irregular que se manifiesta en la alternancia entre la claridad reflexiva y la confusión, entre la producción y el bloqueo de la ideación.

Asimismo, y quizás como el elemento más característico de su modo de ser, se aprecia en él un tono depresivo constante, que se muestra en lo cotidiano como descorazonamiento, desesperación o angustia; sentimiento éste que racionalmente parece devenir de un fuerte conflicto personal que lo agobia, un antagonismo quizás de orden religioso, que se expresa mediante un intenso sentimiento de culpa.

La plausibilidad de estas elucubraciones deriva, al menos en parte, de una variedad de consideraciones que se encuentran reseñadas por el mismo Darwin en su *Autobiografía*. Así por ejemplo, en ella se muestra claramente que un sino de buena parte de su vida fue el continuo malestar físico; como un detalle de esto, vale indicar que a los meses previos al viaje en el *Beagle*, noviembre y diciembre de 1831, Darwin los refiere como los *más miserables de toda su vida*, ya que durante los mismos le aquejaron fuertes palpitations y dolor en la parte superior del pecho, que él atribuyó a una enfermedad del corazón.

Asimismo, señala que *ninguna persona pudo vivir una vida más retirada que la suya*, argumentado que *su salud habitualmente se resentía por la excitación, desembocando en fuertes ataques de escalofríos y de vómitos* (1887/1958/1993, p. 115), los cuales le impedían casi todo tipo de interacción social y aun realizar cualquier cosa, al punto que *cuando mi padre murió el 13 de noviembre de 1847, me fue imposible asistir a su funeral* (1887/1958/1993, p. 117).

Del mismo modo, evidencia de su tendencia a rumiar y a reelaborar las ideas la constituye la variedad de esbozos en relación al *Origen de las especies* que formuló, así como los frecuentes tachones y enmiendas

que se observan en sus manuscritos; de sus dudas incesantes y de sus escrúpulos, es una muestra la reticencia a dar esta obra a la luz pública, aun bajo la advertencia de Alfred Wallace de que publicaría antes que él su propia versión de la teoría de la evolución, por temor a las humillaciones que habría de sufrir su familia y, en particular, su esposa Enma. Y, para terminar, como testimonio de su conflicto religioso, la afirmación personal de alguien como él que había estudiado Teología, en relación a que en su existencia *nada es más destacado que la extensión del escepticismo o racionalismo durante la segunda mitad de la vida* (1887/1958/1993, p. 95).

Por último, concretando, en los términos de Rankine Good (1954), en su artículo *The psychology of the revolutionary*, en el comportamiento de Darwin se pueden diferenciar síntomas depresivos, obsesivos, de ansiedad e de histeria.

En lo personal, me luce, como ya se indicó, que el elemento esencial del cuadro psicológico de Darwin es el sentimiento depresivo que lo embarga después de su regreso del viaje en el *Beagle*, un sentimiento que le acompañaría hasta su muerte, durante unos 43 años; por lo cual me atrevo a sugerir, en forma sucinta, que las diversas manifestaciones conductuales de Charles Darwin pueden enmarcarse bajo la etiqueta de *neurosis depresiva* (DSM-III).